

Hacia la República ideal de María Zambrano

JORGE LUIS ARCOS
Poeta y ensayista cubano

Lo que hoy he sido, y soy, es republicana.
María Zambrano, *Delirio y destino*

Cuando en 1940 María Zambrano se establece de una manera casi permanente en La Habana, con frecuentes viajes a la isla vecina, Puerto Rico, luego de su difícil pero fecunda experiencia mexicana en 1939, comenzaba entonces de una manera vital su descenso a los infiernos de la conciencia, su relación entrañable con el mundo de lo sagrado –en su condición tanto fanática como luminosa–, viaje iniciático, órfico, suerte de nuevo nacimiento, que ella describió en una carta de 1941 a Virgilio Piñera como su estancia en las catacumbas, que no otra cosa fueron entonces, simbólica y carnalmente, *las islas* para la pensadora. Comenzaba también su largo exilio, sobre el que llegó a afirmar mucho después que acaso era su verdadera patria. Pero quien entonces se establecía en esas islas que llamó de *resurrección*, y en donde encontró, como escribió en «La Cuba secreta» (1948), su patria prenatal, o ancestral, era también la voz, la conciencia trágica de la España del fracaso, la España republicana. Y no por gusto llegó a afirmar en *Isla de Puerto Rico: Nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (1940) que «España es ínsula antes que Península ibérica». Dos veces insistió María Zambrano en su idea órfica de las catacumbas: en un texto publicado en La Habana, «Las catacumbas», en 1943, y en «Época de las catacumbas», en Roma, en 1960. Pero en la carta a Virgilio, fechada en Puerto Rico, esas ideas adquieren la carnalidad de una confesión, de una vivencia personal, cuando le dice: «Yo he preferido estas islas sin embargo o tal vez por eso mismo, pues el mejor europeo de hoy, es decir, la mejor vocación europea, creo que es la de las catacumbas, y es desde luego la que yo tengo». Pero reparemos en que, como ya generaliza en su ensayo de La Habana: «si de algo tenemos que curarnos los europeos es del afán utópico, exceso de esperanza; esperanza encendida y apresurada que tantas veces ha desembocado en la destrucción», palabras ante las cuales no puede dejarse de pensar en su experiencia de la Guerra Civil Española, y, por supuesto, en la entonces presente contienda mundial. Pero más adelante afirma: «nadie entra en la vida sin pasar una noche oscura, sin descender a los infiernos según reza el viejo mito, sin haber habitado alguna sepultura», y por eso, continúa, hay que «bajar a enterrarse a las catacumbas, como el grano de trigo en los misterios de Eleusis para

salir luego a la luz», porque, concluye, «La reconstrucción sólo será verdadera si es una resurrección», por donde deja abierta la puerta a la esperanza. En otro texto, «La experiencia de la Historia (Después de entonces)», publicado en *Senderos* (1986), precisa más el sentido trascendente que le confiere a la República española: «una nueva vida, un nuevo mundo hubiera quedado fundado para siempre. Y la revolución verdadera andaría desde aquel entonces en la libertad inacabable. Una nueva vida habría al fin atravesado el dintel que le opone la historia habida hasta ahora: la historia sacrificial». Y añade: «Esta guerra así vivida merecía haber sido ganada plenamente y con ella el final de todas las guerras. Haber sellado el fin de toda guerra. Y que se hubiera transformado el sacrificio en constante ofrenda».

Sin embargo, para comprender precisamente el valor trascendente que le confiere al fracaso, porque acaso, como escribiera Nietzsche, «lo importante es el flechazo, no el blanco», y para incorporar la tragedia antes de poder finalmente liberarse de ella, en un artículo poco conocido de María Zambrano, publicado en La Habana, en 1953, «Sentido de la derrota», expresa: «Pues en la experiencia de la derrota se descubre más vívida y fuerte que nunca la esperanza [...]. Pues que todo lo vencido y derrotado está llamado a renacer si ha sabido mantenerse fiel a sí mismo, si ha sabido entregarse» y, a continuación, refiere esta interesante anécdota que enseguida transcribo:

Por eso me arrepiento a medias de algo que dije a uno de los más grandes escritores que Francia tiene hoy día. Le había conocido hacía dos horas alrededor de una mesa a la que nos sentábamos ese número de personas que hace una conversación perfecta –raro gozo en esta época de reuniones multitudinarias y de soledad–. Amaba a España con honda y un poco desesperada pasión, y llevado de esa pasión llegó a decirme. «Porque, señora, usted sabe, yo también soy español». Y le dije: «No, no es posible; para ser español hace falta *estar vencido*». Pareció vacilar un momento y en seguida repitió en voz alta la frase para hacer partícipes a los demás de lo que aceptaba como una especie de condena a la que no acababa de resignarse, pues ¿no estaría él, acaso, un poco vencido? Me arrepiento porque no sólo para ser español, sino para ser hombre, hace falta estar vencido o merecerlo; vencido, si se vence, con la sabiduría de los derrotados que han ganado su derrota.

No es mi interés aquí comentar la intensa y singular experiencia política de María Zambrano desde fines de la década del veinte hasta su salida al exilio en 1939, y que puede comprenderse a través de sus libros *Horizonte del liberalismo* (1930) y *Los intelectuales en el drama de España* (1937), sobre todo en sus últimas ediciones preparadas por Jesús Moreno Sanz, quien atinadamente califica de «razón armada» o cívica a lo característico de su pensamiento de entonces, sino tratar de vislumbrar el sentido que aquella trágica experiencia tuvo para la rearticulación y proyección de su pensamiento, pues ella hizo de la vivencia de la tragedia, del significado profundo de la derrota, los puntos de apertura para acceder a lo que dio en llamar su razón poética, pero también para desarrollar su muy profunda crítica cultural de Occidente, tal como se manifiesta en *Isla de Puerto Rico: Nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (1940), en *La agonía de Europa* (1945), pero, sobre todo, en *Persona y democracia* (1958) y en diversos artículos posteriores, acaso los más señalados el nuevo prólogo de 1986 a *Persona y democracia* y su último texto de proyección política «Los peligros de la paz» (1990).

En cierto modo, quien había escrito en 1928 «La ciudad ausente», luego de la fugaz pero imborrable experiencia de plenitud histórica del 14 de abril de 1931, continuó siendo fiel durante toda su vida a su fe en el advenimiento futuro de una nueva República o ciudad de la libertad,

pero ya no circunscrita a España, sino a toda la humanidad. O su fe en un hombre nuevo, ya profetizado por san Pablo y san Agustín, pero que en la pensadora andaluza, y de la mano de su incorporación del pensamiento oriental, renombra como *el hombre verdadero*, y es muy significativo que esta profecía comience a cobrar cuerpo en su artículo de 1953, publicado en La Habana, «Martí, camino de su muerte», y finalmente cuaje en «Hombre verdadero: José Lezama Lima», de 1977. Como se desprende de *Persona y democracia*, ella derivó de la experiencia puntual del fracaso de la República española su fe en la realización futura de una historia verdadera, en contraposición a una historia apócrifa; o lo que es lo mismo, una historia ética, de libertad, no una historia trágica o sacrificial, donde advenga la persona u hombre verdadero, dentro del marco de una verdadera democracia. Democracia entonces, la suya, para nada verificable en la historia contemporánea. No en balde, en carta a Lezama Lima, le dice: «Corroboré el otro día leyendo a Massignon que nunca el hombre occidental ha tenido tanta vocación suicida», y en otro texto («Dos visiones objetivas», *Las palabras del regreso*) llega a hablar del suicidio de Adán. Pero es en el nuevo prólogo aludido de *Persona y democracia*, donde su visión se hace más sombría:

«La crisis de Occidente» ya no ha lugar apenas. No hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad. Oscuros dioses han tomado el lugar de la luminosa claridad, aquella que se presentaba ofreciendo a la historia, al mundo, como el cumplimiento, el término de la historia sacrificial. Hoy no se ve ya el sacrificio: la historia se ha tornado en un lugar indiferente donde cualquier acontecimiento puede tener lugar con la misma vigencia y los mismos derechos que un Dios absoluto que no permite la más leve discusión. Todo está salvado y al par vemos que todo está destruido o en vísperas de destruirse. Es mi sentir.

En un texto posterior, incluido en *Los bienaventurados* (1990), añade:

Indignos casi de la vida, de la vida inmediata, nos presentamos hoy con técnicas, razones técnicas, también análisis igualmente técnicos del alma reducida a psique, a máquinas, invasores siempre, ayer todavía y aún hoy guerreramente y enseguida pacíficamente, industrialmente, donde no nos llama. Todo es color de imperio, de comercial imposición. / Y allí donde llegamos la danza cesa, el canto enmudece, la ronda se deshace.

La vivencia de la utopía de la República española y su posterior fracaso conducen a María Zambrano a replantearse la legitimidad misma de la utopía [...]. No es casual entonces que en carta a Cintio Vitier de 1959, cuando en los albores de la Revolución cubana, éste le invita a establecerse de nuevo en Cuba, ella, a la vez que le expone diversas razones familiares que le impiden volver, le exprese, con cierta dosis de lúcido escepticismo, que «ojalá que ese *mutamento* sea verdadero». Lo cierto es que una mera lectura de *Persona y democracia* pone en evidencia, a la luz de la singular trayectoria posterior de aquella Revolución, la incompatibilidad radical del pensamiento político de María Zambrano con muchos de los derroteros concretos por los que transitó el experimento socialista insular, no exento de una alta dosis de absolutismo. Lo cierto es que no deja de llamar la atención que mientras en Puerto Rico se publican durante las décadas del sesenta y setenta más de cien artículos de María Zambrano, el último publicado en Cuba sea en 1959, «Delirio, esperanza y razón», dedicado a José Lezama Lima y Julián Orbón. No es hasta principios de la década del noventa cuando vuelve a tener María Zambrano una presencia

más o menos notable dentro de algunos sectores del pensamiento cubano. Durante todos esos años, su relación con Cuba se limitó a su correspondencia con Lezama, Cintio Vitier y Fina García Marruz, a un único encuentro en Madrid con Elíseo Diego, y a su relación con cubanos exiliados, como fue el caso, por ejemplo, de Julián Orbón, Calvert Casey y Baruj Salinas. Ya es de por sí significativo que en ninguna carta haya ni la más mínima alusión al rumbo político de la Revolución cubana. Un solo artículo suyo, por ejemplo, el publicado en La Habana en 1953, «El ídolo y la víctima», y luego incluido en *Persona y democracia*, hubiera sido imposible republicarlo en Cuba durante las décadas del sesenta y setenta sobre todo, pues allí se realiza una crítica radical del absolutismo, tanto de derecha, en su vertiente fascista, como de izquierda, en su vertiente estalinista. Hay que insistir al respecto en que ya desde sus primeros artículos políticos publicados en España en la década del treinta María Zambrano le opone serios reparos al absolutismo comunista y a su enfático condicionamiento económico, si bien puede compartir algunas de sus proyecciones de justicia social. Justamente su peculiar noción de la democracia como acorde de las diferencias y de la realización ética, integral de la persona, hacen poco menos que incompatible su pensamiento político y social con el instrumentado por la Revolución cubana. Porque, como bien apunta Moreno Sanz, lo que añora María Zambrano es «convertir la historia trágica en historia personal, la tragedia en persona, la historia en democracia». Incluso es muy sintomático cómo María Zambrano rehuye utilizar para la República española el calificativo de revolución, comparándola con y distinguiéndola de la francesa y la rusa. Pero más allá de esta diferenciación, más bien soñada o anhelada que vivida, su juicio es claro sobre el carácter relativo de las revoluciones. Ante «la caída o despeñamiento de todo lo que se alza como promesa, de toda anunciación», afirma: «Lo que se llaman épocas revolucionarias son épocas de anunciación. La revolución, toda revolución, hasta ahora no ha consistido sino en una anunciación –la más honda que marca a este Occidente, la propuesta por el cristianismo–. Y su vigor ha de medirse por los eclipses y caídas que soporta». Y acaso coincidiendo con el juicio de Marx sobre la historia contemporánea como pre-historia, afirma también: «la verdadera historia –interrumpida siempre hasta ahora, cierto es– no se ha cumplido todavía, pues apenas estamos en su dintel».

Es cierto que dado la trágica interrupción de la República, que ella califica como la más grande traición que han conocido los siglos», su pensamiento político republicano o su utopía o idea de la república, tan cercana por cierto a la república moral que imaginó José Martí, no conocieron de un contrapunto histórico concreto, como sí ha sucedido en Cuba, que ha pretendido realizar aquella república ensoñada por Martí, lo cual no ha dejado de ser una construcción utópica, un imaginario simbólico, o un mero recurso político, antes que una realización práctica. Precisamente, por paradójico que resulte, es esa falta de contrapunto histórico concreto lo que le ha dado al pensamiento político de María Zambrano, de innegable fuente republicana, su mayor independencia, singularidad y universalidad. En un discurso pronunciado en La Habana –y hasta el presente inédito–, el 18 de julio de 1945, con motivo del noveno aniversario de la Guerra Civil Española, una María Zambrano enormemente conmovida insiste en la proyección universal de la República:

[...] es que nuestra causa fue desde el primer instante universal. Por eso ahora repito, aplicado a los españoles, lo que al principio dije de la legitimidad que me asiste para hablar del 18 de julio, hablo de mí personal Historia Universal; pues bien, todos los españoles, todos los que hemos vivido, todos los que hemos dado la vida –si no la tomaron no es culpa nuestra, pero la dimos por la Re-

pública-, todos nosotros tenemos la misma legitimidad de esperar y pedir y reclamar justicia, porque no se trata –aunque ése no sería mi secreto– sólo de una justicia dada y de un pueblo por muy glorioso que sea, se trata de la conciencia, si no más, se trata del hombre, se trata de la suerte, del destino humano, se trata de la lealtad, de la veracidad, se trata de que aunque la historia sea a veces un conjunto de verdades, para que la Historia camine, y más en estos instantes críticos, tiene que haber una honda, una profunda lealtad, y esa lealtad solamente será diáfana y posible ante los ojos de todos los pueblos, de todo el mundo, el día que se haga justicia a la causa universal y personal a la vez, de la República española.

Por otro lado, su mismo apego inicial al liberalismo o, como ella dice, ya matizando, a un *nuevo* liberalismo, es trascendido en *Persona y democracia*, libro donde definitivamente la pensadora se aparte de toda proyección política utópica, porque, como allí afirma: «lo que sigue siendo más fácil todavía para el hombre es construir infiernos o inventar paraísos», y apuesta entonces por una profecía universalista.

En lo que sí coinciden, tanto José Lezama Lima como Cintio Vitier o Fina García Marruz, con María Zambrano, es en el sentido profundo, trascendente, de la vivencia de una plenitud histórica visible, verdadera, acaecida en Cuba el 1 de enero de 1959 o en España el 14 de abril de 1931. En la mayor aporía escrita por Lezama Lima, éste llega a afirmar que esa fecha equivale nada menos que al inicio de su última era imaginaria, y que, presidida por José Martí, significa el advenimiento de un alba poética. Se cumplía entonces para Lezama su profecía de la encarnación de la poesía en la historia, y su conmovedora tesis de la pobreza irradiante, algo que ha sido teleológicamente absolutizado con posterioridad por Cintio Vitier. En cierto modo, María Zambrano se libró de los peligros de la utopía, y, en más radical y perdurable cosmovisión, su pensamiento profético, que ya no utópico, no tuvo que ser contrastado con alguna experiencia histórica concreta. Lo que sí quedó incólume, tanto en Lezama como en María Zambrano, fue su confianza o fe en la resurrección, acaso alimentada por la vivencia de ese momento único, revelador, como fuera del tiempo, tanto del triunfo de la Revolución como de la proclamación de la República. María lo describirá de una manera inolvidable en el capítulo «14 de abril» de su *Delirio y destino*. Un momento semejante, aunque no de nacimiento, sino de regreso a la tragedia, es descrito por María en su discurso de 1945 en La Habana, al describir el 18 de julio:

Muchas veces, y aún por quienes se sienten nuestros amigos, se juzgan equivocadas aquellas horas decisivas, se piensa en todo, en un Estado, en un Gobierno, que se decide a defenderse, frente a una opresión cuyo calificativo me es muy difícil pronunciar, se piensa en un Gobierno, se piensa en unos partidos políticos y sin embargo, todos los que vivimos aquellas horas, sabemos que no fue así, que no fue un Estado, no fueron unos partidos políticos, que fue algo mucho más sagrado, más firme, más vivo, más anclado en la Historia, que fije la sagrada voluntad popular; y asistimos a uno de esos momentos en que el pueblo se aparta, pero que el pueblo deja salir su intimidad, su nombre y profunda evocación, y entonces hace falta tener muy poca conciencia, ya, para no sentir que en él no hay algo divino que no hace voz unánime, que no hace voz, repito, que ve más allá de todo partido organizador, de toda consigna, de toda razón, que no hace voz arrolladora, hay una inspiración que solo podemos llamar divina, porque hace más ella que todo lo humano y ese fue el 18 de julio nuestro, el acto supremo de espontaneidad, de voluntad, que ama todo hombre, más que el destino histórico de un pueblo, y que dice ante el mundo, y que dice ante sí, y para sí, y que dice ante Dios: fe. Esto que viene sobre mí, no puede ser: no pasarán. Fue la palabra, el grito definitivo, no pasarán.

El peligro ciertamente consiste en tratar de constreñir el alcance cosmovisivo y profético de este pensamiento a una situación histórica determinada. Lezama, por ejemplo, con posterioridad, escribió: «El *Paradiso* será comprendido más allá de la razón. Su presencia acompañará el nacimiento de unos nuevos sentidos». Pero para terminar con esta digresión cubana, sólo agregaré que, en definitiva, aquella república moral de José Martí todavía está por realizarse ya no en Cuba, sino en cualquier lugar de la tierra. Lo mismo ocurre con la de María Zambrano. Porque lo cierto es que lo único que no ha sucedido nunca, como ve tan bien Fina García Marruz, es que los pobres sean colmados de bienes, es decir, que se realice, aquí y ahora, el reino de justicia de Dios para los pobres de la tierra.

La propia María Zambrano describe muy bien los peligros de que la meta, la utopía o teleología, que imanta el camino hacia ella, termine desvirtuada o devorada por el proceso, como tan bien precisa Moreno Sanz. Sin embargo, frente a tanto aparente escepticismo, frente al peligro de las utopías, o frente, incluso, a su propia profecía de una ciudad ideal, una república soñada, de un hombre verdadero, que no parece cumplirse nunca en el tiempo histórico, ella no renuncia a su singular esperanza. En el mismo prólogo ya citado a *Persona y democracia*, concluye:

Algo se ha ido para siempre, ahora es cuestión de volver a nacer, de que nazca de nuevo el hombre en Occidente en una luz pura reveladora que disipe como en un amanecer glorioso, sin nombre, lo que se ha perdido. Hay que esperar, sí, o más bien no hay que desesperar de que esto pueda suceder en este planeta tan chiquito, en un espacio que se mide por años luz, que se repita el «fiat luz», una fe que atraviese una de las noches más oscuras del mundo que conocemos, que vaya más allá, que el espíritu creador aparezca inverosímilmente a su modo y porque sí.

De que un triunfo glorioso de la Vida en este pequeño lugar se dé nuevamente.